

EN MATERIA DE JARDINES

I

Cuando Olivia Fouquet comenzó a vivir con Sara pensó que se trataba del ser más inteligente y a la vez más desesperado que había conocido en su vida. Y así se lo comunicó a su padre en la primera charla que mantuvieron por teléfono dos días después de su entrada en la casa en que debía establecer cierto orden.

—Es una chica muy triste, papá —dijo adoptando un tono de voz aún más bajo del que solía usar por los pasillos, cuando se reunía con Sara, o en su propia habitación, cuando se sentaban juntas para trazar el menú de la semana siguiente—. Creo que no es feliz. Aunque a veces da la impresión de serlo enormemente, a pesar de su gesto tan sobrio. Siempre está seria, y de vez en cuando dice algo extraordinario. Ayer, mientras cenábamos

berenjenas que ella mojaba en un cuenquito azul lleno de miel, dijo que no entendía cómo podíamos poseer algo tan perfecto y necesario como la piel y no estar constantemente dando gracias por ello.

—¿Y no te parece que tiene razón? —preguntó el padre de Olivia.

Ella sabía que tenía razón, pero lo extraño no era el significado de las palabras, sino la propia existencia de la frase, pronunciada de pronto, entre las berenjenas y la miel. No le había sorprendido el qué, sino el cómo.

—Pues tendrás que habituarte, cariño —dijo su padre—. Es una buena chica. Ya lo verás. Su comportamiento nunca será lo suficientemente extraño, dadas las circunstancias. Tú sólo tienes que encargarte de hacer tu trabajo.

La casa de Sara se dividía en tres pisos, además del sótano, donde la caldera permanecía encendida todos los días del año. Sara solía tener frío por las noches incluso durante las más fragantes y espesas horas de los meses de julio y agosto, y a veces debía mantener el radiador de su dormitorio al máximo durante todo el día para poder dormir sin que le temblaran penosamente las piernas, tan largas y desprovistas de esa benéfica materia grasa que podría proporcionarle cierta sensación de calor interno, personal y autogenerado. Sus habitaciones se hallaban en la segunda planta, y en la primera estaban la cocina y los salones de lectura, de música,

de recogimiento, de ejercicios gimnásticos ligeros (bailar, patinar, saltar o, simplemente, caminar) y de ejercicios gimnásticos pesados (bicicleta y abdominales). La tercera planta permanecía inutilizada, aunque ambas comprobaban que allí todo seguía en orden cada vez que ascendían hacia el tejado donde, a veces, se sentaban para dejar que su mirada se perdiera por la oscuridad cósmica o que saltara de esfera luminosa en esfera luminosa y recorriera el salvaje vacío en el que se sabían inmersas.

Había lavabos y bañeras repartidos estratégicamente por diversos rincones del edificio y, finalmente, éste quedaba rematado, cual pastel provisto de ligeros adornos de nata, por los graciosos y tan bien aprovechados balcones que daban al mar o, en la fachada opuesta de la casa, al poco cuidado jardín.

—Deberíamos regar los parterres con más frecuencia.

—Sí. Deberíamos hacerlo.

—¿Sabes que algunos animales huelen la muerte? La perciben de algún modo. No sé cómo, pero es cierto. Son capaces de hacerlo. —Sara no quería bañarse en el mar. Podía pasar horas sumergida en alguna de las diversas bañeras (anchas o estrechas; redondeadas o rectangulares) que aparecían diseminadas por los recovecos más inesperados de su casa, bajo un agua turbia y sin restos de jabón que le daba a su cuerpo un aspecto mórbido y blando; podía quedarse allí eternamente, con una extraña expresión amarga en el rostro y sin mostrar signo alguno de desear salir, con los ojos cerrados y los

labios separados en lo que parecía la inacabable pronunciación de una asombrada y perfecta o. Pero no se bañaría en el mar jamás—. Los gatos. Sobre todo la perciben los gatos. ¿Lo sabías?

—Algo había oído —respondía Olivia—. Pero no me provoca ningún interés. ¿A ti sí?

A ella sí, naturalmente.

2

Olivia Fouquet se encargaba de observar los comportamientos ajenos a través de sus pequeñísimas gafas redondas de metal. Luego los analizaba someramente, sin permitirse entrar en grandes profundidades que pudieran hacerla zozobrar a ella —que debía mantenerse constantemente entera y constantemente en equilibrio—, y, por fin, procuraba poner en práctica un buen remedio, una solución eficaz que sacara a la superficie al pobre cuerpo medio ahogado del que estaba ocupándose. Debía sacarlo de la tormenta y debía lograr que comenzara a respirar de manera autónoma y, sobre todo, voluntaria. Olivia no sabía con certeza si Sara era consciente de lo mucho que la necesitaba. No iba a preguntarle jamás si estaba al tanto de lo que había ido a hacer allí, a su casa de tres pisos más sótano y jardín, porque hablar de ello supondría hacerlo real. Dolorosa e inútilmente real. Y la irrealidad siempre propiciaba un ancho y venturoso espacio por el que moverse con cierto optimismo para

lograr un objetivo tan primordial y tan intangible, tan lleno de obstáculos y de dudas, tan silencioso y afable, como el suyo.

Las dos pasaban horas sentadas en alguno de los rincones más oscuros del salón de lectura, entregadas a una seria indolencia propia de dos damas muy ricas o de dos damas muy ausentes y muy apartadas del devenir de los acontecimientos sociales o políticos que estuvieran sucediendo más allá de los gruesos muros protectores de su aislado salón.

Podían hablar de Salinger y de Emily Dickinson.

—Me gusta que me cuenten historias —decía Sara.

—Cualquiera puede contar historias.

—Eso no es cierto.

O podían clasificar las tonalidades del verde que veían desde sus ventanas, hasta llegar a elaborar una fácil teoría sobre la evolución del color a lo largo de un día en relación con el proceso vital del ser humano: el verde de la mañana era un verde ingenuo y tranquilo. Un color anhelante, de un tono despejado y transparente. Tan transparente que tendía al ámbar... Pero la mañana concluía y el tiempo avanzaba hacia la tarde y, cuando eso sucedía, el verde empezaba a transformarse. El día se hacía maduro y el verde se hacía maduro de igual forma, adquiriendo entonces un tono más oscuro, más reflexivo. Más sombrío. Finalmente, la noche, como era de esperar, mostraba un verde mortecino. Un verde sabio pero también apagado. Un verde un tanto trágico.

Podían hablar de Scott, de las exploraciones al Polo, de la resistencia humana al frío extremo y al hambre a lo largo de todo un invierno polar, de los caminos trazados por los barcos hacia el sur, de la obsesión por la conquista, de lo atractivo que resultaba el fracaso de los demás. O podían hablar de temperaturas de treinta y cinco grados bajo cero, de las focas, de la corriente del noroeste, de los perros con sus lombrices intestinales, de la importancia de habituarse a ciertas rutinas en medio del desastre. Y, mientras, percibían los evidentes cambios en la intensidad de la luz del sol, y los consiguientes, y también evidentes, cambios en la consistencia del aire.

—La rutina siempre tranquiliza.

Hablarían de las estrellas brillando con un fulgor prodigioso en la oscuridad absoluta de la noche y de los hombres del *Endurance* jugando al fútbol sobre el hielo mientras el barco seguía atascado, sin remedio, formando parte ya del espectral paisaje blanco.

Fue a lo largo de una de esas sesiones de moroso sopor, cuando Olivia comprendió que Sara, en realidad, no había llegado a ver la caída o el suicidio o el accidente que más tarde le causaría la enfermedad de la que ella ahora debía rescatarla. Había estado allí, ante el abrupto acantilado, y había imaginado lo que iba a ocurrir. Luego, al día siguiente, había leído en los periódicos la noticia que iba a confirmar todos sus miedos, e inmediatamen-

te después llegaron las opiniones, los comentarios, los pareceres. Los rumores ofensivos junto a los rumores algo más benévolos. Sara oyó, cada vez más alarmada, conjeturas y versiones que ella, con un desasosiego creciente, acogía como verídicas a pesar de ser consciente de que no poseían base alguna sobre la que sustentarse. Ella había estado allí. Ciertamente era que no había visto nada, pero había estado allí. Y empezó a considerar que aquellas conversaciones acerca del ahogado tenían como único fin el de proceder contra ella. El de hacerle saber que, aunque de manera imprecisa, los demás se habían enterado de su presencia en aquel lugar, de su posición privilegiada como testigo impotente y aterrado.

Un testigo culpable que había huido sin querer ver. Que no había llegado a presenciar cómo caía. Y que, sin embargo, a pesar de no haber visto cómo se despeñaba el cuerpo, inerme, golpeado por los saledizos y las rocas cortantes, a pesar de su voluntaria ceguera, había terminado sufriendo una conmoción brutal. Su capacidad para visualizar, para reconstruir mentalmente lo que no había querido contemplar, logró que su mente se poblara de horribles imágenes concebidas por ella, de representaciones pavorosas de lo que Sara creía que había ocurrido. Y, lo que era aún peor, que su inagotable tendencia hacia el remordimiento y la auto-recriminación la empujara hacia un abismo semejante a aquél por el que se había ido a despeñar el cuerpo que poblaba, invariablemente, sus más atroces pesadillas.

Los primeros días que Olivia pasó en la casa estuvieron presididos por la confección de innumerables listas trazadas en pedazos de papel que luego ella iba dejando por encima de cualquier mesa. En un salón, en alguno de los dormitorios... Apuntaba lo que tenían que comprar:

Pilas. Mantequilla. Pasta de dientes.

Estropajos. Zapatillas para el invierno.

Cada objeto anotado se hacía de pronto imprescindible. Un azucarero para no tener que servirse de los inmanejables paquetes de papel que provocaban, continuamente, que el azúcar se cayera al suelo cada vez que se echaban su habitual cucharadita en sus habituales tazas de té; agua oxigenada; una escalera más alta; tiritas; bobinas de hilo y agujas. Harina...

Sus conversaciones solían ser poco trascendentes. Hablaban en voz baja y como sin desear hacerlo. Cuando se encontraban en uno de los pasillos, tal vez el más largo y estrecho de la casa, tan pobremente iluminado, después de su lacónico saludo —buenos días o buenas noches—, una podía comentar que había leído en el periódico que el Sistema Solar no pertenecía ya a la Vía Láctea, sino a otra galaxia mucho más pequeña que ni siquiera se podía ver desde la Tierra.

—¿Y esa minúscula galaxia en la que ahora nos sitúan, posee su propio agujero negro?

—Seguramente. Sí... Seguramente.

Aquel seguramente resultaba terrorífico para ambas.

Olivia hablaba con su padre con frecuencia. Necesitaba repetir al teléfono las frases que le oía decir a Sara y las respuestas que ella misma daba ante esas frases, normalmente tan inconexas. Hablar con su padre era, para Olivia, una forma de escape, una carrera enloquecida que emprendía hacia la puerta principal de la casa con la intención de abrirla de par en par al llegar a ella y, sin ninguna vacilación, atravesarla con los brazos abiertos y los ojos ofrecidos al esplendor de la mañana. Para Olivia Fouquet resultaba esencial transmitirle a su padre:

—Hoy me ha dicho que tiene la impresión de que puede percibir la radiación cósmica de fondo.

—Qué interesante —murmuraba él.

O:

—Hoy me ha contado que hay gente que vive en un verano perpetuo.

—Desde luego, no es el caso de ninguno de nosotros tres —argumentaba el padre.

—Eso mismo he pensado yo —respondía Olivia, recordando tal vez el rostro de Sara, en ocasiones tan cansado y en ocasiones tan vivaz y resplandeciente—. Aunque no se lo he dicho, he pensado que hay gente incapaz de abandonar el invierno.

—Pero también en el invierno más oscuro se puede llegar a ser feliz...

—¿Tú crees?

El padre de Olivia contestaba con voz sincera y firme:
—Naturalmente, hija. No sólo lo creo. Lo sé.

4

El viento podía hacer que, durante semanas, el mar pareciera un territorio salvaje y desbaratado. Las olas no se sucedían con coherencia (una ola de espuma blanca tras otra ola idéntica de idéntica espuma e idéntico color), sino que su agua verdosa se extendía en anchurosas mesetas que se iban transformando en laderas de considerable inclinación, hasta quedar rotas, a intervalos, por los escarpados restos de la confusa amalgama de mar y pequeñas piedras que acababa de chocar contra la orilla y que ya se retiraba. El espectáculo podía parecer desconcertante si se arrastraba un estado de ánimo hipersensible. E hipersensible era, de continuo, el estado de ánimo de Sara.

—Tu padre fue mi mejor profesor. El hombre más sabio que he conocido en mi vida —decía mientras pretendía olvidar la persistente agresividad marina, su arrogante y escandalosa rudeza, caminando hacia el jardín—. Todo lo hermoso que puedas ver en este sitio, lo sembró él. Los parterres, los setos, las plantas de flor. Todo. Ha sido el mejor jardinero que hemos tenido en esta casa. —Sara se agachó sobre una de las macetas y comenzó a retirar algunas hojas secas que estaban a punto de caer al suelo—. Tu padre conoce la tierra. Sabe

cómo moldearla. Me informó de que este clima, la humedad constante, el aire salino, no son factores beneficiosos para según qué especies. Cuando me lo dijo, yo me eché a reír, porque estaba segura de que su comentario se refería más bien a mí, y no a ninguna especie vegetal. Yo le respondí que la tierra permite que las raíces de las plantas se fijen en ella pero que, igualmente, las raíces de las plantas fijan la tierra impidiendo que ésta se deslice hacia el mar hasta perderse en él por completo. Y, entonces, quien se echó a reír fue él.

Olivia permanecía en silencio, escuchando la dicción pausada de Sara, que seguía agachada sobre las plantas, ahora inmóvil y con las manos sobre las rodillas, sin retirar más hojas secas a punto de desprenderse y caer.

—Cuando me dijo que necesitabas un espacio tranquilo en el que poder descansar, le ofrecí mi casa de inmediato. Has de saber —prosiguió Sara con su tono uniformemente neutro, sin matices de generosidad en la voz, sin petulancia ni altivez— que puedes quedarte aquí todo el tiempo que consideres necesario. Semanas, meses. No debes preocuparte por nada. Ya has comprobado que vivo sola; no molestas a nadie. No hay nadie que vaya a protestar... Puedes incluso irte y regresar después, cuando lo juzgues oportuno. No debes pensar en mí. Únicamente debes pensar en ti, y en tu recuperación. Aquí podrás sosegar y olvidar lo que sea que hayas venido a olvidar. Éste un buen lugar para hacer algo así.